

La gracia que no merecemos

Colosenses 1:1-2

Pastor Tim Melton

Buckminster Fuller –autor, arquitecto, teórico de sistemas, inventor, diseñador y futurólogo– presentó en su libro *Critical Path* (Camino crítico) la idea de la “curva de duplicación del conocimiento”. Fuller observó que hasta 1900 el conocimiento humano se duplicaba cada siglo. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la cantidad de conocimiento en el mundo se duplicaba cada 25 años. Basándose en la investigación de Fuller, IBM publicó más tarde un informe pronosticando que para el año 2020 el total del conocimiento mundial se duplicaría cada 12 horas.

Algunos dirían que el conocimiento está creciendo más rápido de lo que podemos absorber. Al mismo tiempo, la vida útil del conocimiento disminuye. En algunos campos, lo que aprendimos hace 5 años ahora está obsoleto. A veces estamos atrapados en un ciclo interminable de necesidad de aprender, desaprender y volver a aprender.

Ahora hablamos de Inteligencia Artificial, Automatización Robótica de Procesos (RPA), Informática Cuántica, Realidad Virtual y Realidad Aumentada, 5G, viajes espaciales e Internet de las Cosas.

Muchos dirían que cuanto más nuevo es el conocimiento, mejor es. Con esta mentalidad, cuanto más antiguo es algo, más irrelevante se vuelve. Aplicado a lo espiritual y lo sagrado, muchos rechazan las verdades antiguas de Dios porque no se ajustan a nuestros tiempos modernos. Se trivializa a Cristo como una reliquia del pasado. En una época en la que la tecnología parece estar conquistando nuevas fronteras, en el fondo toda la humanidad todavía lucha con los mismos problemas. Tememos a la muerte. Somos esclavos del pecado. Luchamos por el poder y la seguridad. Estamos controlados por el amor al dinero y la lujuria de nuestro corazón. Anhelamos ser amados. Buscamos la alegría y la paz auténtica. El corazón del hombre es el mismo de siempre. Nuestras herramientas, juguetes y trofeos han cambiado, pero en realidad somos muy similares a todas las generaciones que nos han precedido. En nuestro intento de llenar ese vacío en el corazón por la ausencia de Dios, nos dirigimos hacia el mundo, que promete mucho, pero ofrece poco. El libro de Colosenses se escribió para un tiempo como este.

El libro de Colosenses es una carta del apóstol Pablo a la iglesia de Colosas. En ese momento, Pablo estaba encarcelado en Roma, aproximadamente en el año 60 o 61 d. C.. Un día, uno de los líderes de la iglesia de Colosas, Epafras, visitó a Pablo y le informó de las herejías que se estaban enseñando acerca de Cristo en la iglesia de Colosas. En respuesta a estas herejías, Pablo escribió a esta iglesia.

Probablemente Epafras había conocido a Pablo y estado bajo su enseñanza en Éfeso, durante los primeros tres años de la estancia del apóstol en esa ciudad.

En ese momento de la historia, Colosas era una ciudad en decadencia. En el pasado había sido una "gran ciudad de Frigia", pero ahora se había vuelto más pequeña en comparación con otras ciudades vecinas tales como Hierápolis y Laodicea. Estas tres ciudades estaban ubicadas en el valle del río Lycus y juntas desempeñaron un papel clave en la ruta comercial este-oeste que atravesaba Asia Menor.

A pesar de su declive, Colosas seguía siendo una ciudad cosmopolita con diferentes religiones y culturas que se mezclaban. La mayoría de la población era pagana, pero también había un buen número de judíos que residían en Colosas. Si bien no conocemos las herejías específicas a las que Pablo se enfrentaba, vemos que ponían en tela de juicio la persona y la obra de Jesucristo.

Al leer Colosenses, vemos que algunos falsos maestros añadían las buenas obras como una condición para la salvación, como si Cristo no fuera suficiente. Otros intentaban sincretizar el cristianismo con las demás religiones paganas de Colosas. Otros imponían la rígida ley judía a la vida cristiana, y otros incluso rendían culto a los ángeles. Pablo también les advirtió de que no siguieran las tradiciones vacías del hombre. Era una joven iglesia que necesitaba desesperadamente anclajes bíblicos y teológicos.

Durante los próximos meses, repasaremos el libro de Colosenses. Estos capítulos ofrecen una de las visiones más claras sobre la identidad y la obra de Cristo en todas las Escrituras.

En un mundo en el que las verdades eternas están siendo olvidadas, es esencial que volvamos al origen de nuestra fe y comprendamos quiénes somos y a quién pertenecemos en Cristo. El libro de Colosenses nos acerca a Cristo para que le entendamos a Él como la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación, el creador del cielo y de la tierra, la cabeza del cuerpo –la iglesia–, el principio, el primogénito de la resurrección, aquel en quien habita la plenitud de Dios y por quien todas las cosas serán reconciliadas con Dios, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

En una época en la que la gente dice que la verdad es relativa y quiere la libertad de elegir qué "verdad" se aplica a ellos, el libro de Colosenses nos enseña de forma muy clara la verdad de Cristo, la supremacía de Cristo, la belleza de Cristo y las verdades absolutas de Cristo, entre las que se encuentran el juicio y la salvación del hombre.

Así pues, ahora, empezamos la carta a los colosenses y encontramos a Pablo saludando a los creyentes que habían oído hablar de él, pero a los que nunca había conocido en persona:

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, ² a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Que Dios nuestro Padre os conceda gracia y paz. (Colosenses 1:1-2)

Cuando Pablo escribió su nombre, volvió a recordar quién era él en comparación con quién había sido en el pasado. Aunque parece que Pablo siempre tuvo dos nombres (Hechos 13:9), su nombre judío era Saulo. Era el nombre que usaba cuando crecía en prestigio entre los judíos de Jerusalén. Era el nombre que usaba cuando perseguía a los cristianos y se aferraba a la ley judía. Por otra parte, Pablo era su nombre romano. Pablo era un ciudadano romano. Cristo lo había llamado a ser el

“apóstol de los gentiles” (Romanos 11:13). Tenía sentido que usara el nombre de Pablo en un contexto gentil, porque sería más ventajoso. Refiriéndose a sí mismo como Pablo era un recordatorio constante de la gracia que se le había dado y de la misión evangélica a la que había sido enviado. Otra nota de interés es que el nombre Saulo tenía una connotación real, ya que Saúl había sido el nombre del primer rey de Israel. Por contra, el nombre Pablo en latín significaba "pequeño" o "humilde". El hecho de presentarse como Pablo, en lugar de Saulo, era una muestra de la humildad que había reemplazado al orgullo que previamente había dominado su vida.

Pablo era un apóstol de Jesucristo. La palabra **"apóstol"** significaba literalmente "el que había sido enviado". La palabra más próxima en nuestra lengua podría ser "emisario". Sería similar al heraldo de un rey o, de alguna manera, a un embajador enviado a un país extranjero para representar a su presidente o primer ministro. Una persona que había sido enviada con un mensaje. El mensaje no era suyo; él era simplemente el mensajero, que hablaba con toda la autoridad del que lo había enviado, Jesucristo.

El título de Cristo se entendía perfectamente. Pablo declaraba que Jesús de Nazaret era el Cristo, el Mesías, el Ungido enviado por Dios. Jesús era la persona que los judíos habían estado esperando durante siglos.

Como apóstol, no fue Pablo quien tomó la decisión de ir de misiones, sino que así lo quiso Dios. No era por su voluntad, ni mérito propio que Pablo saliera en el nombre de Cristo. Así lo había querido Cristo, y Pablo obedeció. Por eso, Pablo podía hablar a la vez con humildad y con autoridad. Podía ser humilde por su pasado pecaminoso, y podía hablar con convicción por su testimonio de una vida dramáticamente cambiada. Podía ser humilde porque había sido elegido apóstol sin ningún mérito propio. Al mismo tiempo, Pablo podía hablar con autoridad porque fue enviado por Cristo mismo.

Luego, Pablo menciona que Timoteo le acompañaba. Timoteo era un joven pastor en ciernes a quien Pablo estaba dispuesto a prestar su tiempo e incluso su nombre. Vemos que Pablo hacía su ministerio en compañía para hacer discípulos, formar líderes, protección moral, y lograr mayores frutos en el ministerio. Identifica a Timoteo como **“el hermano”**, para agrupar a todos como hijos de Dios Padre, hermanos espirituales en Cristo. Para algunos, esto debía de ser una nueva realidad. Su iglesia probablemente estaba formada por judíos y gentiles, de países y costumbres diferentes. Ahora debían verse mutuamente como una unidad, la familia de Dios.

Luego, Pablo los llama **santos**. No se refería a un estatus supercristiano para gente que había hecho milagros y que había tenido un gran éxito espiritual en la tierra. En este pasaje, Pablo está aludiendo a toda la iglesia o al grupo de creyentes en Colosas, quienes muy probablemente tenían diferentes niveles de madurez espiritual. Sabemos por Romanos 3:23 que **“todos han pecado y están privados de la gloria de Dios.”** Por lo tanto, ellos, al igual que nosotros, eran pecadores. Ahora estaban en Cristo y creciendo en santidad, pero en mayor o menor medida, también habrían estado cometiendo pecados aún estando en la fe, como nosotros. Con esto en mente, ¿cómo podía Pablo referirse a ellos como santos?

Tenemos un versículo que nos ayuda a entender el pensamiento de Pablo, 2 Corintios 5:21: **“Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios.”** No somos santos por lo que hemos hecho. Eso sería impensable. Somos santos porque, como dice el versículo, estamos en Cristo. Se basa en nuestra aceptación de lo que Cristo ha

hecho por nosotros. Como dice en Juan 1:12: **"Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios."** Ahora que estamos en Cristo, nos hemos revestido de su justicia y tenemos acceso a todos sus recursos para crecer en santidad y en buenas obras. Somos santos porque Él, por medio de Cristo, nos ha hecho santos.

Esto nos lleva a las siguientes palabras: **"fieles hermanos"**. La iglesia estaba formada tanto por judíos como por gentiles, y sin embargo, Pablo se dirige a todos ellos y los une como hermanos. Fuera de la iglesia esto hubiera sido inaudito. Los judíos y los gentiles nunca debían relacionarse entre sí. Seguramente también había diferentes clases sociales, sin embargo ese cuerpo de creyentes compartían la vida y la fe juntos como hermanos, como iguales, coherederos en Cristo. No importa cómo el mundo veía a cada uno de ellos. En Cristo, en la iglesia, estaban unidos como hermanos.

Pablo también los menciona como **"fieles"** hermanos. Esta no es una palabra que alabe su perfección. Es para reconocer su perseverancia en la fe. No habían sido como la semilla sembrada junto al camino en la parábola del sembrador (Mateo 13:1-9, 18-23). No eran como aquellos que escuchan la Palabra de Dios y cae en sus corazones como una semilla en tierra dura, así que no creen y no llegan a la salvación.

Tampoco eran como el segundo tipo de suelo, donde la semilla de la Palabra de Dios cayó en terreno pedregoso. Estos oyeron la Palabra de Dios con gozo, pero debido a que no había raíz en su fe, creyeron por un tiempo, pero luego se apartaron durante los momentos de prueba.

No eran como el tercer terreno, donde la semilla de la Palabra de Dios cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron. Estos oyeron la Palabra de Dios, pero no dieron fruto porque se ahogaron por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y por tanto, su fruto no maduró.

Ninguno de estos tres primeros suelos sería considerado "fiel". En el cuarto suelo, la semilla de la Palabra de Dios se planta en el corazón humano. Es el que cree y recibe la Palabra de Dios de tal manera que **"Este sí produce una cosecha al treinta, al sesenta y hasta al ciento por uno."** Pablo se dirige a los colosenses como hermanos "fieles", que continúan perseverando en la fe.

Podían perseverar en la fe porque estaban **en Cristo**. La Escritura enseña que todos los que se han apartado de su pecado y han creído en Jesucristo ahora están "en Cristo". Cristo también está en ellos. Ahora, estando en Cristo tienen acceso a todos los recursos que se encuentran en Cristo. En Cristo podían encontrar paz, fuerza, gracia, sabiduría, misericordia, gozo, valor y amor. Si bien debe haber sido un gozo para aquellos que realmente caminaron con Cristo cuando Él estuvo aquí en la tierra, ahora tenemos a nuestra disposición una relación más íntima con Cristo. El Espíritu de Cristo ahora habita en nosotros. No estamos solos. Ya no somos huérfanos. Ahora hemos sido adoptados en la familia de Dios.

Pablo termina su saludo con estas palabras: **"Que Dios nuestro Padre os conceda gracia y paz."** Era un saludo que se usaba mucho en las cartas de la época, aunque él hizo una variación en este texto. Por lo general, la gente usaba la palabra *chairein* para significar "saludo". En este saludo, Pablo usó la misma raíz de la palabra, pero cambió el sufijo para cambiar ligeramente el significado. En lugar de *chairein*, Paul usó la palabra *charis*. Cambió la palabra "saludo" por la palabra **"gracia"**. Para los

cristianos seguía siendo un saludo, pero servía como un recordatorio de la gracia que tan inmerecidamente habían recibido a través de Cristo.

Es interesante destacar que en griego la palabra **paz** proviene de la palabra que significa "unirse". Al estar unidos a Cristo, tenemos acceso a un estado de tranquilidad, armonía y bienestar. No significa que no vamos a tener dificultades en el mundo que nos rodea, pero en Cristo tenemos acceso a una paz eterna que aún puede traer calma a nuestro espíritu incluso cuando la tormenta azota a nuestro alrededor.

Estamos conectados con Jesucristo, la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación, el creador del cielo y de la tierra, la cabeza del cuerpo –la iglesia–, el principio, el primogénito de la resurrección, aquel en quien habita la plenitud de Dios y por quien todas las cosas serán reconciliadas con Dios, haciendo la paz por la sangre de su cruz. Él es quien puede calmar nuestros nervios, tranquilizar nuestro corazón y renovar nuestro espíritu.

Con la gracia que recibieron, sus pecados fueron perdonados, y pudieron ser reconciliados con Dios. A medida que se acercaban más a Cristo que vivía dentro de ellos, podían ahora andar en paz. Hasta que uno no conozca la gracia y se aferre a ella, no tendrá acceso a la paz que solo proviene de estar unido a Cristo.

Este era solo la parte del saludo de la carta a los colosenses. Deberíamos prepararnos, por un lado, leyendo los siguientes capítulos, y por otro, pidiendo a Dios que nos hable a nuestro corazón tal como lo hizo con ellos. Me gustaría terminar con estas palabras de Cristo:

“La paz os dejo; mi paz os doy. Yo no os la doy como la da el mundo. No os angustiéis ni os acobardéis.” (Juan 14:27)

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Qué te pareció más interesante de este sermón?
2. En tu opinión, ¿por qué mucha gente piensa que "lo nuevo es mejor"? ¿Cuál es el peligro de eso?
3. ¿En qué crees que se parece nuestra sociedad a la de Colosas?
4. ¿Tienes a alguien que alguna vez te haya guiado o discipulado como Pablo lo hizo con Timoteo? ¿Hay alguna persona en tu vida a la que Dios quiere que dediques tiempo, discipules o guíes?
5. Pablo los llamó santos. Lo mismo se aplica a nosotros. ¿Te resulta fácil recibir ese título de Cristo? ¿Por qué crees que es?
6. ¿Eres capaz de encontrar la paz de Cristo cuando las tormentas azotan a tu alrededor? Hablando en términos prácticos, ¿cómo nos aferramos a la paz de Cristo?
7. ¿Qué crees que necesitas recordar de este sermón?
8. ¿Qué crees que deberías hacer como respuesta a este sermón?
9. ¿Cómo podemos orar por ti?